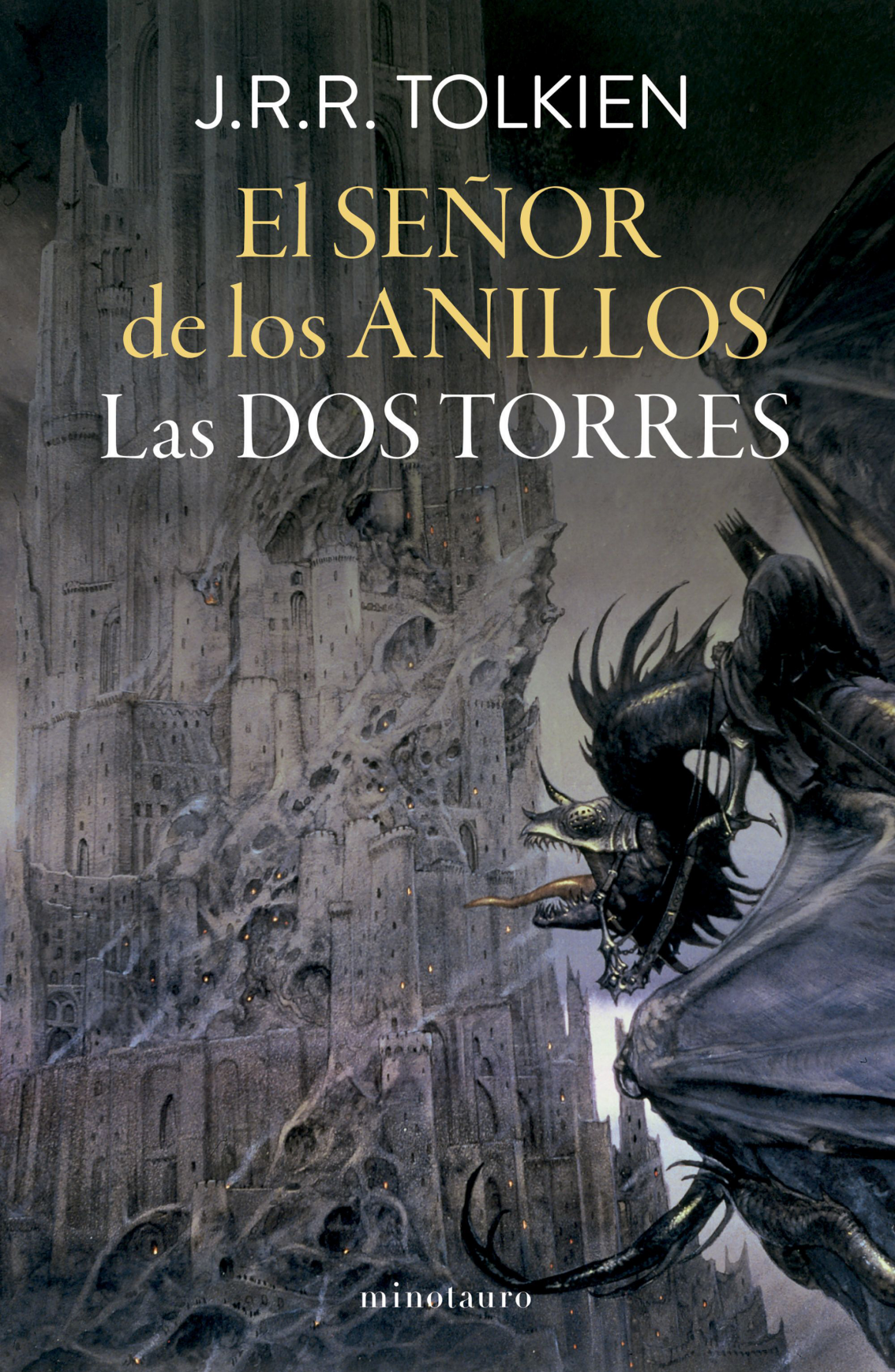




J.R.R. TOLKIEN

EL SEÑOR
de los ANILLOS
Las DOS TORRES

minotauro



J.R.R. Tolkien

EL
SEÑOR
DE LOS
ANILLOS
II

LAS DOS TORRES

minotauro

LA PARTIDA DE BOROMIR

Aragorn corrió rápidamente colina arriba. De vez en cuando se inclinaba hasta el suelo. Los hobbits tienen el paso leve y no dejan huellas fáciles de leer, ni siquiera para un Montaraz, pero no lejos de la cima un manantial cruzaba el sendero, y Aragorn vio en la tierra húmeda lo que estaba buscando.

«Interpreto bien los signos —se dijo—. Frodo corrió a lo alto de la colina. ¿Qué habrá visto allí?, me pregunto. Pero después volvió por el mismo camino y descendió la colina de nuevo.»

Aragorn titubeó. Deseaba ir él mismo hasta el elevado sitio, esperando ver algo allí que lo orientase en su incertidumbre, pero el tiempo apremiaba. De pronto saltó hacia adelante y corrió a la cima a través de las grandes losas hasta lo alto de los escalones. Luego, sentándose en el alto sitio, miró alrededor. Pero el sol parecía oscurecido, y el mundo apagado y lejano. Se volvió desde el norte y dio una vuelta completa hasta mirar de nuevo al norte, y no vio nada excepto las colinas distantes, aunque allá a lo lejos vio de nuevo la forma de un pájaro grande parecido a un águila planeando en el cielo y descendiendo lentamente hacia la tierra en círculos amplios.

Aún mientras observaba percibió con su oído atento unos sonidos débiles en el bosque que se extendía allá abajo al oeste del Río. Se enderezó. Eran gritos, y entre ellos reconoció con horror las voces roncadas de los orcos. Un instante después sonó de súbito la llamada profunda y gutural de un cuerno, y los ecos golpearon las colinas y resonaron en las hondonadas, elevándose sobre el rugido de las cascadas en un poderoso clamor.

—¡El cuerno de Boromir! —gritó Aragorn—. ¡Boromir necesita ayuda! —Se lanzó escalones abajo, y se alejó saltando por el sendero—. ¡Ay! Hoy me persigue un destino funesto, y todo lo que hago sale torcido. ¿Dónde está Sam?

Mientras corría los gritos aumentaron, pero la llamada del cuerno era ahora más débil y más desesperada. Los aullidos de los orcos se alzaron, feroces y agudos, y de pronto el cuerno calló. Aragorn bajó a todo correr la última pendiente, pero antes de que alcanzara el pie de la colina, los sonidos se apagaron, y mientras doblaba a la izquierda para correr tras ellos se retiraron, hasta que al fin ya no pudo oírlos. Desenvainando la espada brillante y gritando *¡Elendil!* *¡Elendil!* se precipitó entre los árboles.

A una milla quizá de Parth Galen, en un pequeño claro no lejos del lago, encontró a Boromir. Estaba sentado de espaldas contra un árbol grande, como si descansara. Pero Aragorn vio que lo atravesaban muchas flechas empenachadas de negro; sostenía aún la espada en la mano, aunque se le había roto cerca de la empuñadura, y su cuerno yacía partido en dos a su costado. A sus pies y a su alrededor yacían muertos muchos orcos.

Aragorn se arrodilló junto a él. Boromir abrió los ojos y trató de hablar. Al fin salieron unas palabras, lentamente.

—Traté de arrebatarle el Anillo a Frodo —dijo—. Lo siento. Lo he pagado. —Su mirada se desvió hacia los enemigos caídos; veinte por lo menos estaban tendidos allí—. Partieron. Los Medianos: se los llevaron los orcos. Creo que no están muertos. Los orcos los ataron.

Hizo una pausa y se le cerraron los ojos, cansados. Al cabo de un momento habló otra vez.

—¡Adiós, Aragorn! ¡Ve a Minas Tirith y salva a mi pueblo! Yo he fracasado.

—¡No! —dijo Aragorn tomándole la mano y besándole la frente—. Has vencido. Pocos hombres pueden reclamar una victoria semejante. ¡Descansa en paz! ¡Minas Tirith no caerá!

Boromir sonrió.

—¿Por dónde fueron? ¿Estaba Frodo allí? —le preguntó Aragorn. Pero Boromir no dijo más.

—¡Ay! —dijo Aragorn—. ¡Así fallece el heredero de Denethor, Señor de la Torre de la Guardia! Un amargo fin. La Compañía está deshecha. Soy yo quien ha fracasado. Vana fue la confianza que Gandalf puso en mí. ¿Qué haré ahora? Boromir me ha encomendado ir a Minas Tirith, y mi corazón así lo desea, pero ¿dónde están el Anillo y el Portador? ¿Cómo encontrarlos e impedir que la Misión termine en un desastre?

Se quedó un momento de rodillas doblado por el llanto, aún aferrado a la mano de Boromir. Así lo encontraron Legolas y Gimli. Vinieron de las faldas occidentales de la colina, en silencio, arrastrándose entre los árboles como si estuvieran de caza. Gimli esgrimía el hacha, y Legolas el largo cuchillo; no le quedaba ninguna flecha. Cuando desembocaron en el claro, se detuvieron con asombro, y en seguida se quedaron quietos un momento, con las cabezas inclinadas, vencidas por la pena, pues veían claramente lo que había ocurrido.

—¡Ay! —dijo Legolas acercándose a Aragorn—. Hemos perseguido y matado a muchos orcos en el bosque, pero aquí hubiésemos sido más útiles. Vinimos cuando oímos el cuerno... demasiado tarde, parece. Temo que estés mortalmente herido.

—Boromir está muerto —dijo Aragorn—. Yo estoy ileso, pues no me encontraba aquí con él. Cayó defendiendo a los hobbits mientras yo estaba arriba en la colina.

—¡Los hobbits! —gritó Gimli—. ¿Dónde están entonces? ¿Dónde está Frodo?

—No lo sé —respondió Aragorn con cansancio—. Boromir me dijo antes de morir que los orcos se los habían llevado atados; no creía que estuvieran muertos. Yo lo envié a que siguiera a Merry y a Pippin, pero no le pregunté si Frodo o Sam estaban con él: no hasta que fue demasiado tarde. Todo lo que he emprendido hoy se ha torcido. ¿Qué haremos ahora?

—Primero tenemos que ocuparnos del caído —dijo Legolas—. No podemos dejarlo aquí como carroña entre esos orcos espantosos.

—Pero hay que darse prisa —dijo Gimli—. Él no hubiese querido que nos retrasáramos. Tenemos que seguir a los orcos, si hay esperanza de que alguien de nuestra Compañía sea un prisionero vivo.

—Pero no sabemos si el Portador del Anillo está con ellos o no —dijo Aragorn—. ¿Vamos a abandonarlo? ¿No tendríamos que buscarlo primero? ¿La elección que se nos presenta ahora es de veras funesta!

—Pues bien, empecemos por lo que es ineludible —dijo Legolas—. No tenemos ni tiempo ni herramientas para dar sepultura adecuada a nuestro amigo o para erigir un túmulo sobre él. Podríamos cubrirlo con piedras.

—La tarea sería pesada y larga; las piedras que podrían servirnos están lejos, a orillas del Río —dijo Gimli.

—Entonces pongámoslo en una barca con sus propias armas y las armas de los enemigos que ha vencido —dijo Aragorn—. Lo enviaremos a los saltos del Rauros, y lo dejaremos en manos del Anduin. El Río de Gondor cuidará de que ninguna criatura maligna deshonre los huesos de Boromir.

Buscaron de prisa entre los cuerpos de los orcos, juntando en un montón las espadas y los yelmos y escudos hendidos.

—¡Mirad! —exclamó Aragorn—. ¡Hay señales aquí! —De la pila de armas siniestras recogió dos puñales de lámina en forma de hoja, damasquinados de oro y rojo; y buscando un poco más encontró también las vainas, negras, adornadas con pequeñas gemas rojas—. ¡Éstas no son herramientas de orcos! —dijo—. Las llevaban los hobbits. No hay duda de que los orcos los saquearon, pero que temieron conservar los puñales, siendo conscientes de su naturaleza: obra de Oesternesse, cargados de sortilegios para desgracia de Mordor. Bueno, entonces, aunque estén todavía vivos, nuestros amigos no tienen armas. Tomaré éstas, esperando contra toda esperanza que un día pueda devolvérselas.

—Y yo —dijo Legolas— tomaré las flechas que encuentre, pues mi carcaj está vacío.

Buscó en la pila y en el suelo de alrededor y encontró no pocas intactas, más largas que las flechas comunes entre los orcos. Las examinó de cerca.

Y Aragorn, mirando los muertos, dijo:

—Hay aquí muchos cadáveres que no son gente de Mordor. Algunos vienen del Norte, de las Montañas Nubladas, si

algo sé de orcos y sus congéneres. Y a estos otros nunca los he visto. ¡Su atavío no es en absoluto propio de los Orcos!

Había cuatro soldados trasgos de gran estatura, morenos, de ojos oblicuos, piernas gruesas y manos grandes. Estaban armados con espadas cortas de hoja ancha y no con las cimitarras curvas habituales en los orcos, y tenían arcos de tejo, parecidos en tamaño y en forma a los arcos de los Hombres. En los escudos llevaban un curioso emblema: una pequeña mano blanca en el centro de un campo negro; una S rúnica de algún metal blanco había sido montada en la parte delantera de los yelmos de hierro.

—Nunca vi estos signos —dijo Aragorn—. ¿Qué significan?

—S representa a Sauron. La relación es clara —dijo Gimli.

—¡No! —exclamó Legolas—. Sauron no usa las runas élficas.

—Tampoco usa jamás su verdadero nombre, y no permite que se escriba o se pronuncie —dijo Aragorn—. Y tampoco usa el blanco. El signo de los Orcos de Barad-dûr es el Ojo Rojo. —Se quedó pensativo un momento—. La S es de Saruman, me parece —dijo al fin—. Hay un mal que se acerca desde Isengard, y el Oeste ya no está a salvo. Tal como lo temía Gandalf: el traidor Saruman ha sabido de nuestro viaje, por algún medio. También es plausible que ya esté enterado de la caída de Gandalf. Los que nos perseguían desde Moria pudieron haber escapado a la vigilancia de Lórien, o quizá evitaron esa tierra y llegaron a Isengard por otro camino. Los orcos son rápidos. Pero Saruman tiene muchas maneras de enterarse. ¿Recordáis los pájaros?

—Bueno, no tenemos tiempo de pensar en acertijos —dijo Gimli—. ¡Traslademos a Boromir!

—Pero luego tendremos que resolver los acertijos, si queremos elegir bien el camino —dijo Aragorn.

—Quizá no exista una buena elección —dijo Gimli.

Tomando el hacha, el enano se puso a cortar unas ramas. Las ataron con cuerdas de arco, y extendieron los mantos sobre el armazón. Sobre estas parihuelas rudimentarias llevaron el cuerpo de su compañero hasta la orilla, junto con algunos trofeos de la última batalla que habían elegido para que lo acompañaran. No había mucho que caminar, pero la tarea no les pareció fácil, pues Boromir era un hombre alto y robusto.

Aragorn se quedó a orillas del agua cuidando de las parihuelas, mientras Legolas y Gimli se apresuraban a volver a Parth Galen. La distancia era de una milla o más, y pasó bastante tiempo antes de que regresaran remando con rapidez en dos barcas a lo largo de la orilla.

—¡Traigo extrañas nuevas! —dijo Legolas—. Había sólo dos barcas en la ribera. No pudimos encontrar ni rastros de la otra.

—¿Estuvieron los orcos allí? —preguntó Aragorn.

—No vimos ningún rastro —respondió Gimli—. Y los orcos habrían destruido todas las barcas, o se las habrían llevado, junto con el equipaje.

—Examinaré el suelo cuando lleguemos allí —dijo Aragorn.

Extendieron entonces a Boromir en el centro de la barca que lo transportaría aguas abajo. Plegaron la capucha gris y la capa élfica y se las pusieron bajo la cabeza. Le peinaron los largos cabellos oscuros y los dispusieron sobre sus hombros. El cinturón dorado de Lórien le brillaba en la cintura. Junto a él colocaron el yelmo, y sobre el regazo el cuerno hendido y

la empuñadura y los fragmentos de la espada, y a sus pies las armas de los enemigos. Luego de haber asegurado la proa a la popa de la otra embarcación, lo llevaron al agua. Remaron tristemente a lo largo de la orilla, y entrando en la corriente rápida del Río dejaron atrás los prados verdes de Parth Galen. Los flancos escarpados de Tol Brandir resplandecían: era media tarde. Mientras iban hacia el sur los vapores del Rauros se elevaron en una trémula claridad como una bruma dorada. La furia y el estruendo de los saltos sacudían el aire tranquilo.

Tristemente, soltaron la barca funeraria: allí reposaba Boromir, en paz, deslizándose sobre el seno fluido de las aguas. La corriente lo llevó, mientras ellos retenían su propia barca con los remos. Boromir flotó junto a ellos y luego su barca se fue alejando lentamente, hasta ser sólo un punto negro contra la luz dorada, y de pronto desapareció. El rugido del Rauros prosiguió, invariable. El Río se había llevado a Boromir, hijo de Denethor, y ya nadie volvió a verlo en Minas Tirith, de pie en la Torre Blanca por la mañana, como era su costumbre. Pero en tiempos posteriores en Gondor se dijo durante mucho tiempo que la barca élfica dejó atrás los saltos y las aguas espumosas y que llevó a Boromir a través de Osgiliath y más allá de las numerosas bocas del Anduin, y al fin una noche salió al Gran Mar bajo las estrellas.

Los tres compañeros se quedaron un rato en silencio siguiéndolo con los ojos. Luego Aragorn habló: —Lo buscarán desde la Torre Blanca —dijo—, pero no volverá ni de las montañas ni del océano. Luego, lentamente, se puso a cantar:

*Por humedales y prados cruzando Rohan, donde crece larga la
hierba*

el Viento del Oeste se pasea y por los muros peregrina.

«¿Qué noticias del Oeste, oh, viento errante, me traes esta noche?»

¿Has visto a Boromir el Alto a la luz de la luna o las estrellas?»

«Lo vi cabalgar sobre siete ríos, sobre aguas anchas y grises;

lo vi caminar por tierras desiertas, hasta perderse

en las sombras del Norte, y no lo vi más desde entonces.

El Viento del Norte tal vez oyera el cuerno del hijo de Denethor.»

«Oh, Boromir. Desde los altos muros miré al Oeste a lo lejos, pero no vienes desde las tierras baldías donde hombres no habitan.»

Luego Legolas cantó:

De las bocas del Mar viene el Viento del Sur, de las piedras y las dunas;

trae el quejido de las gaviotas, y a las puertas un lamento entona.

«¿Qué noticias del Sur, oh, viento que suspiras, me traes en la noche?»

¿Dónde está ahora Boromir el Hermoso? Tarda en llegar, y yo peno.»

«No me preguntes dónde habita... Allí yacen tantos huesos..., en las costas blancas y las costas oscuras bajo el cielo tempestuoso;

muchos han descendido las aguas del Anduin para hallar las olas del Mar.

¡Pídele al Viento Norte las noticias que él mismo me trae!»

«¡Oh, Boromir! Más allá de la puerta la calzada al mar corre hacia el Sur,

*pero tú no vienes con las gaviotas que desde la boca del gris
mar se lamentan.»*

Y Aragorn cantó de nuevo:

*De la Puerta de los Reyes viene el Viento del Norte, y pasa por
las cascadas tumultuosas:*

y claro y frío alrededor de la torre llama el cuerno sonoro.

«¿Qué noticias del Norte, oh, poderoso viento, hoy me traes?

*¿Qué noticias de Boromir el Valiente? Pues partió hace
tiempo.»*

*«Al pie del Amon Hen le he oído gritar. Allí batió a muchos
enemigos.*

El escudo hendido, la espada rota, al agua los llevaron.

*La orgullosa cabeza, el rostro tan hermoso, los miembros
pusieron a descansar;*

*y el Rauros, los saltos dorados del Rauros, lo transportaron en
el seno de las aguas.»*

*«¡Oh, Boromir! La Torre de la Guardia mirará siempre al
norte,*

*al Rauros, los saltos dorados del Rauros, hasta el fin de los
tiempos.»*

Concluyeron así. En seguida hicieron girar su barca y la llevaron con la mayor rapidez posible contra la corriente de vuelta a Parth Galen.

—Me dejasteis el Viento del Este —dijo Gimli—, pero de él no diré nada.

—Así tiene que ser —dijo Aragorn—. En Minas Tirith soportan al Viento del Este, mas no le piden noticias. Pero

ahora Boromir ha tomado su camino, y hemos de apresurarnos a elegir el nuestro.

Examinó la hierba verde, de prisa pero con cuidado, inclinándose frecuentemente hasta el suelo.

—Ningún orco ha pisado aquí —dijo—. Ninguna otra cosa puede darse por segura. Ahí están todas nuestras huellas, en idas y venidas. No puedo decir si alguno de los hobbits estuvo aquí, luego de haber salido en busca de Frodo. —Volvió a la ribera, cerca del sitio donde el arroyo del manantial llegaba en hilos al Río—. Hay huellas nítidas aquí —dijo—. Un hobbit entró en el agua y regresó a tierra, pero no sé cuándo.

—¿Cómo descifras entonces el acertijo? —preguntó Gimli.

Aragorn no respondió en seguida; caminó de vuelta hasta el sitio del campamento y examinó un rato el equipaje.

—Faltan dos bultos —dijo—, y puedo asegurar que uno pertenecía a Sam: era bastante grande y pesado. Ésta es entonces la respuesta: Frodo se ha ido en una barca, y su sirviente ha ido con él. Frodo debe haber vuelto mientras todos estábamos buscándolo. Me encontré con Sam subiendo la pendiente y le dije que me siguiera; pero es evidente que no lo hizo. Adivinó las intenciones de su amo y regresó antes que Frodo partiera. ¡No le resultó nada fácil dejar atrás a Sam!

—Pero ¿por qué tenía que dejarnos a nosotros, y sin decir una palabra? —preguntó Gimli—. ¡Extraña ocurrencia!

—Y valiente también —dijo Aragorn—. Sam tenía razón, pienso. Frodo no quería llevar consigo a ningún amigo hacia la muerte en Mordor. Pero sabía que él no podía eludir la tarea. Algo ocurrió después de dejarnos que acabó con todos sus temores y dudas.

—Quizá lo sorprendieron unos orcos cazadores y escapó —dijo Legolas.

—Escapó, ciertamente —dijo Aragorn—, pero no creo que de los orcos.

Qué había provocado según él la repentina resolución y la huida de Frodo, Aragorn no lo dijo. Las últimas palabras de Boromir las guardó en secreto mucho tiempo.

—Bueno, al menos ahora algo está claro —dijo Legolas—. Frodo ya no está de este lado del Río: sólo él puede haberse llevado la barca. Y Sam lo acompaña: sólo él ha podido llevarse su bulto.

—La elección entonces —dijo Gimli— está entre tomar la barca que queda y seguir a Frodo, o perseguir a los orcos a pie. En cualquier caso, hay pocas esperanzas. Hemos perdido ya horas preciosas.

—¡Dejadme pensar! —dijo Aragorn—. ¡Ojalá pueda elegir bien y cambiar la suerte nefasta de este desgraciado día! —Se quedó callado un momento.— Seguiré a los orcos —dijo al fin—. Yo hubiera guiado a Frodo a Mordor acompañándolo hasta el fin; pero para buscarlo ahora en las tierras salvajes tendría que abandonar a los prisioneros al tormento y a la muerte. Mi corazón habla al fin con claridad: el destino del Portador ya no está en mis manos. La Compañía ya ha desempeñado su papel. Pero los que quedamos no podemos abandonar a nuestros compañeros mientras nos queden fuerzas. ¡Vamos! Partiremos en seguida. ¡Dejad aquí todo lo que no nos sea indispensable! ¡Marcharemos sin detenernos de día y de noche!

Acercaron la última barca y la arrastraron hasta los árboles. Pusieron debajo todo lo que no necesitaban y no podían llevar, y dejaron Parth Galen. El sol ya declinaba cuando regresaron al claro donde había caído Boromir. Allí volvieron a

encontrar el rastro de las huellas de los orcos. No se necesitaba mucha habilidad para localizarlas.

—Ninguna otra criatura pisotea el suelo de este modo —dijo Legolas—. Parece que se deleitaran en rajar y aplastar todo lo que crece, aunque no se encuentre en su camino.

—Pero no les impide marchar con rapidez —dijo Aragorn—, y no se cansan. Y más tarde tendremos que buscar la senda en terrenos desnudos y duros.

—Bueno, ¡vayamos tras ellos! —dijo Gimli—. También los Enanos son rápidos y no se cansan antes que los orcos. Pero será una larga cacería: nos llevan mucha ventaja.

—Sí —dijo Aragorn—, a todos nos hará falta la resistencia de los Enanos. ¡Pero venid! Con o sin esperanza, seguiremos las huellas del enemigo. ¡Y ay de ellos, si probamos que somos más rápidos! Haremos una cacería que será el asombro de los Tres Linajes: Elfos, Enanos, y Hombres. ¡Adelante los Tres Cazadores!

Aragorn saltó como un ciervo, precipitándose entre los árboles. Corría siempre adelante, guiándolos, infatigable y rápido ahora que ya estaba decidido. Dejaron atrás los bosques junto al lago. Subieron por unas largas pendientes oscuras, que se recortaban contra el cielo enrojecido del crepúsculo. Anochecía. Se alejaron como sombras grises sobre una tierra pedregosa.